



Koldo Chamorro COVER

## EDITORIAL La pizarra y el ordenador

**H**acia la Edad Media, conocer las operaciones aritméticas era condición valorada como signo de inteligencia en quien la poseía. Aún, si no recuerdo mal, cuando yo era muy niño, era posible asegurarse una vida digna y sin mayores problemas económicos sabiendo tan sólo leer y escribir y algo de contabilidad. Hoy, por poner un ejemplo que no sé si es muy exacto, para aspirar a un puesto de la administración municipal, además de contar con buena salud y superar unas pruebas psicotécnicas, es necesario haber aprobado el bachiller, pero, dada la competencia, las probabilidades de obtenerlo aumentan si se ha cursado una carrera universitaria y se poseen conocimientos de un idioma extranjero. Por lo demás, los estudios de bachillerato contienen aproximadamente todos los saberes de los que se disponía en la Edad Media, y muchísimos más, entonces inexistentes.

Ultimamente, el concepto práctico de inteligencia ha sufrido enormes modificaciones. Ahora, unos circuitos electrónicos pilotan un complejísimo avión reactor, lo mismo que juegan al ajedrez y ganan a la gran mayoría de jugadores humanos. Tamaña eclosión de conocimientos se ha trasladado en forma de requerimientos al sistema educativo con una presión brutal y con velocidad animada de una aceleración incongruente con el ritmo histórico de la sociedad. Se quiere que los estudiantes al salir de su ciclo escolar estén más o menos a la altura de las máquinas.

Pero, he aquí que el sistema escolar no parece ser capaz de responder eficazmente al desafío y de añadidura produce fracaso escolar, aunque más apropiado sería llamarlo fracaso educativo. La sociedad se lleva las manos a la cabeza. Ha encerrado a sus vástagos en los colegios y universidades y pagado sus impuestos y mensualidades, confiando sin éxito aparente a un profesorado (mal remunerado) el cuidado y el futuro de sus hijos. ¿Qué es lo que falla? Los especialistas emiten

diferentes diagnósticos. Algún sector pone en duda la misma pertinencia del concepto actual de fracaso educativo, por no mencionar a quienes cuestionan radicalmente la validez del sistema educativo institucionalizado.

Un argumento frecuente es que el sistema educativo simula cada día estar en un ineficiente mundo arcaico, desconectado metodológicamente de la tecnología que mueve el mundo real. Con excepciones cuantitativamente pequeñas, los educadores siguen utilizando la clase magistral y la pizarra ante una audiencia demasiado numerosa y psicológicamente varipinta. Solución: hay que introducir las tecnologías de la información, en especial el ordenador, como motor de productividad en el sistema. En adelante, al profesorado se le reservará la tarea noble que "siempre" le ha sido irrenunciable, la dimensión afectiva, los aspectos éticos y la organización del trabajo. De paso, y para completar la solución, a la anterior función instrumental cabría añadir, según algunos, la consideración de la informática como un nuevo contenido educativo. ¿No vivimos y viviremos rodeados de ordenadores? Pues introduzcamos la alfabetización informática como parte de la enseñanza.

Naturalmente, y con razón, no todo el mundo está de acuerdo en el análisis que se acaba de resumir. Y en todo caso, sería imprudente atribuir a las tecnologías de la información virtudes mágicas "per se" con respecto a este asunto. Hacerlo sería una visión totalmente simplista a corto plazo. Ahora bien, lo que no sólo resultaría imprudente sino también un error, sería no reconocerles su potencialidad indiscutible e incluso su inevitabilidad. En efecto, si aceptamos el hecho demostrado de la evolución fisiológica de la especie humana hacia un cerebro mayor, adicionalmente prolongado por instrumentos tecnológicos, es necesario convenir en que el sistema educativo, cuya difícil misión es construir lo fundamental del cere-

bro social, está abocado a amplificarse funcionalmente por los mismos instrumentos. Ello requiere tiempo. Pero ¿cuánto?

Hay ciertos procesos que requieren ser considerados con perspectiva histórica, para poder comprender la dinámica del cúmulo de problemas entrecruzados que su interior alberga. El reajuste tecnológico y metodológico del sistema educativo es uno de ellos. La penetración de las tecnologías informativas en la educación será un fenómeno lento e irregular, antes reflejo que causa del proceso de asimilación por la sociedad de dichas tecnologías. La cuestión no es que éstas no puedan resolver **ahora** el fracaso educativo —hablando en términos globales, ni siquiera podrían mejorar apreciablemente la enseñanza en las actuales circunstancias—, sino que son la única salida a largo plazo para acompañar la capacidad del sistema educativo al ritmo de producción de conocimientos en todos los frentes.

El hecho de situar el fenómeno en un marco histórico evolucionista no facilita una respuesta clara a la pregunta formulada hace un momento, decir otra cosa sería un contrasentido. Tampoco ha de ser tomado como pretexto para bloquear la acción sobre los problemas antes genéricamente evocados, y que se plantean en diversos campos disciplinares. Simplemente, es un intento de referencia realista, aunque difusa, con el que contrastar el diseño y las posibilidades de las distintas acciones emprendidas o por emprender.

En resumen, introducir **adecuadamente** las tecnologías de la información en el sistema educativo no es asunto nada sencillo. Es, como diría Ackoff, un "mess" (un sistema de problemas), pero es también una necesidad cuya consecución parece reclamar un lapso de un orden de magnitud superior al que muchos han pensado o quieren pensar. Conviene saberlo, para no concebir ni hacer concebir falsas ilusiones.

F. Sáez Vacas